

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 10
Julio Cortázar en Barnard

Article 14

1979

Libro de Manuel: Un libro de preguntas

Fernando Alegría

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Alegría, Fernando (Otoño-Primavera 1979) "*Libro de Manuel: Un libro de preguntas*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 10, Article 14.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss10/14>

This Cortázar's Novels is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LIBRO DE MANUEL: UN LIBRO DE PREGUNTAS

Fernando Alegría

Nunca sabrá uno con claridad por qué alguien escribe una novela de tesis. Siempre queda la zona de misteriosa duda, el Triángulo de Bermuda, donde la gente que vuela o navega desaparece. ¿Se salvan? ¿Se hunden? Y, si se hunden ¿quién arma la trampa? ¿Importa verdaderamente averiguarlo? En el caso del *Libro de Manuel*¹ creo que importa mucho, por varias razones: primero, porque el navegante — llámese Andrés o "el que te dije" —, parece ser Julio Cortázar en persona; segundo, porque la tesis es presentada en términos brillantemente contradictorios; tercero, porque el mundo narrativo da vueltas aquí alrededor de un eje que se llama Joda y esta palabra, como todos sabemos, se presta a tres o cuatro interpretaciones desigualmente ambiguas. Me explico. Por la pura Joda hay quienes se embarcan hasta en su propio funeral. Pero, habrá también quienes se matriculen en la Joda para joder a alguien, por ejemplo, al gorila de turno en su país. Esto está muy bien. Por desgracia, la Jota — no me refiero al baile aragonés —, es genuino signo revolucionario para gente dignamente combativa y el juego de palabras, una simple medida aproximativa, se desinfla entonces y todos nos ponemos graves.

Me quedo con la buena fe del narrador y acepto la significación literal de Joda:

"En sentido figurado, molestar, causar contrariedad con un despropósito o desatino. Puede ser reflexivo."²

Que pueda o no ser reflexivo es, por supuesto, un chiste del *Diccionario* de Santamaría. Lo que no es chiste, a mi juicio, es que el lector, sin sacar conclusión alguna al término del relato, pueda plantearse la siguiente pregunta: ¿Valía la pena tanta heroica, bella y confusa Joda para no llegar sino a inflar una utopía? Las opiniones están divididas. A mí me parece que sí valía, por mucho que nos desconcierte el discurso narrativo. Si los propósitos de Cortázar ayudarán o no a definir los términos de una revolución total en Latinoamérica y a formular con éxito un modo de novela política, es otra cosa igualmente discutible.

Resultará obvio por lo que estoy diciendo que en el *Libro de Manuel* como en otras novelas que han seguido a *Rajuela*, Cortázar continúa la norma de plantear una tesis, exponer los argumentos a favor, dar relieve a los argumentos en contra, convertir a los personajes en voceros activos de la discordia y, al fin, dejar que alguien hable solo en una zona donde la metáfora es el salvavidas que se lanza al mar abierto. Texto y contexto son indisolublemente sellados, diversos niveles de narración y puntos de vista conducen al lector de piso en piso, de café en café, de mate en mate y de cama en cama. El hilo conductivo aparece maestramente enredado y en cada puertecilla del laberinto alguien, siempre la misma voz, con igual tono e intención, surgirá portando el cartel que dirá: "Salida falsa, por aquí no, devuélvete pendejo o, si prefieres, échale para adelante pero, como te imaginarás, vas a seguir dándote con la puerta en las narices."

Quizá algunos lectores se queden abrumados con el grueso libro entre las manos dejando que las páginas vuelen despacio hacia cualquier parte, sorprendidos del mucho ingenio, pero preocupados también como espectadores que se equivocan de teatro.

¿Qué sucede realmente en este *Libro de Manuel*? No es fácil explicarlo. Puede uno, es claro, plantearse diversas posibilidades que ayuden a resolver no tanto un problema literario como un asunto de táctica y estrategia políticas, de señales que debieran funcionar de un modo previsto y no funcionan, luces verdes que no dan paso, luces rojas que, extrañamente, abren el puente.

Cortázar escribió su *Libro de Manuel* por las mismas razones que tantos latinoamericanos escriben en estos años el suyo, o sea, para dejar un testimonio personal del tiempo de la infamia que nos busca a diario en cárceles y campos de concentración, en la clandestinidad de nuestros pobres países, en la enajenación del exilio. Me imagino que llegará el momento en que todos estos libros de Manuel serán un solo cuerpo narrativo, una especie de Viejo y Nuevo Testamento para uso de la sociedad de aquéllos que regresen y sobrevivan. Que algunos de estos libros se van por la tangente y fallan patéticamente no hay ni que decirlo:

"Y entonces el que te dije se retrae y piensa por ejemplo en tanta novela donde a cambio de un relato más o menos chatón hay que pasar por conversaciones y argumentos y contrarréplicas sobre la alienación, el tercer mundo, la lucha armada o desarmada, el papel del intelectual, el imperialismo y el colonialismo." (p. 252)

¿Cierto? Cierto, pero todos estaremos de acuerdo en que no es de tales novelas que se debiera hablar, sino de esos libros pequeños y quemantes, testimonios de víctimas y combatientes, libros como *El viajero* de Jorge Musto, por ejemplo, o *Cerco de púas* de Aníbal Quijada, o *La canción de nosotros* de Eduardo Galeano, o *Tejas Verdes* de Hernán Valdés. A decir verdad, el comentario citado pertenece "al que te dije", persona dada a mostrarse y no mostrarse, pero también a proclamar consignas con dos de pecho, por ejemplo:

que nadie tiene derecho a monopolizar los significados de la palabra *acción*, pues el Yo, mayusculizado, ha perdido su convencional atributo verbal, ya que los pronombres se convierten en estos años en una sola bola y los signos de comunicación en claves donde el perseguidor y el perseguido, el torturador y el torturado, invierten sus códigos no para engañarse, sino simplemente para informarse como es debido de los términos en que se dará la masacre.

Obviamente, "el que te dije" no es el paradigma de todo narrador resuelto a hacer la literatura en la revolución y la revolución en la literatura. Este compañero, presentado como archivero oficial de la Joda en París, cae temprano por la borda. Acerquémonos, entonces, a quien lleva la voz cantante. De entrada oímos:

"Por razones obvias habré sido el primero en descubrir que este libro no solamente no parece lo que quiere ser sino con frecuencia parece lo que no quiere, y así los propugnadores de la realidad en la literatura lo van a encontrar más bien fantástico mientras que los encaramados en la literatura de ficción deplorarán su deliberado contubernio con la historia de nuestros días. No cabe duda de que las cosas que pasan aquí no pueden pasar de manera tan inverosímil, a la vez que los puros elementos de la imaginación se ven derogados por frecuentes remisiones a lo cotidiano y concreto. Personalmente no lamento esta heterogeneidad que por suerte ha dejado de parecerme tal después de un largo proceso de convergencia; si durante años he escrito textos vinculados con problemas latinoamericanos, a la vez que novelas y relatos en que esos problemas estaban ausentes o sólo asomaban tangencial-mente, hoy y aquí las aguas se han juntado. . . " (p. 7)

El tono de estas palabras es de advertencia y de afirmación al mismo tiempo. El lector, pensándolas, se retrae y piensa: es posible que este *Libro de Manuel* que tengo entre las manos no sea lo que se propuso Cortázar, pero al mismo tiempo sí es lo que no se ha propuesto "el que te dije", al menos en la versión que conocemos: la de Andrés.

¿Y qué se han propuesto estos queridos compañeros? En mi opinión, y maldito lo que ella vale en terreno como éste tan terremotoso, oso, como diría el rabinito Lonstein, han intentado lo siguiente:

1. Definir y ejemplarizar lo que debe entenderse por una auténtica y total revolución, sin olvidar las circunstancias en que ha de producirse el cambio esencial y trascendente en el individuo que se juega su destino en ella.

"Más que nunca, dice Cortázar, creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor, de juego y de alegría... Lo que cuenta, lo que yo he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada del desprecio y del espanto,

y esa afirmación tiene que ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares." (p. 8)

No hay ambigüedad en estas palabras, ellas nos revelan al escritor que toma posiciones y asume un compromiso más allá de los simples programas partidistas, proponiendo un proyecto político acaso incómodo para los puristas de la disciplina, tanto como para los fundamentalistas empeñados en postergar la revolución mientras se perfecciona y sublima el revolucionario.

Andrés hablará de una revolución que pueda ser digna, jubilosa y triste al mismo tiempo, una Joda solamente, una tremenda y total Joda, aún a riesgo de que el relajo creativo invada con tanta fuerza y brillo todos los niveles del relato que, al fin, lo transforme en un discurso justificativo. Matta podría exclamar a coro con él: Sí, el deber de todo revolucionario es hacer la revolución, y si a mí no me alcanza para una revolución, al menos, con todo mi arte y dignidad humana, haré mi Joda. O, como dice Ludmilla:

"Me dejo llevar por el instante y la alegría, sobre todo por la alegría porque la Joda es alegre y absurda y no entiendo nada." (p. 198)

Por el momento, entonces, hablamos de una revolución de alaridos en teatros y cines, de falsificación de cigarrillos y fósforos, de viajes de pingüinos para transportar dólares falsos, de reyertas a patadas en oscuras avenidas de París: revolución de palabras y ademanes, así como también de impetuoso terrorismo en la cama. Andrés da su juicio sin hacerse ilusiones:

"También el que te dije, Lonstein y yo estábamos ahí sin decir nada en la medida en que esas microagitaciones no nos daban la impresión de servir para gran cosa." (p. 75)

2. Se han propuesto asimismo dar a este alegato claras formas de compromiso individual y colectivo por medio del testimonio activista y los comentarios pertinentes en seminarios nocturnos. Digo, testimonio de un escriba que funciona como testigo presencial de la enajenación latinoamericana en París, persona compleja y parca que, en el fondo, compórtase como una Trinidad: "el que te dije", Andrés y Cortázar.

"Pero vos, — dice Lonstein al "que te dije" en su épica exhortación sobre el onanismo, — que pretendés ser el testigo de la Joda, vos mismo te echás atrás a la hora de la verdad, quiero decir de la paja, me estoy refiriendo al hombre de veras, lo que es y no lo que ven los otros del *Capital* para afuera." (p. 226)

El acento repentinamente serio con que "el que te dije" responde a esta frase sugiere el verdadero sentido de la parábola masturbatoria de Lonstein : nada escapará a nuestra revolución, todo deberá ser comprendido

en la nueva dimensión de un humanismo que respete al individuo en su complejo sentido de los valores morales. Adiós al orden convencional de mandarines y comisarios, adiós a los prejuicios de una seuda ética revolucionaria: acéptame, dice Lonstein, con lo que tú crees que son mis defectos porque en ellos encontrarás mis virtudes.

Seminarios, digo, en cavernas platónicas donde las frases de un tango y las disonancias del jazz, así como los recortes de periódicos, representan el contrapunto efímero de las respuestas sonoras y mudas a la infamia fascista.

3. Se han propuesto, finalmente, dinamizar la especulación por medio de la acción política desesperada, particularmente en el caso del secuestro de un VIP que termina con un "mock-epic" en un parque de París. Recolectan entretanto, documentos históricos sobre el estado actual de la infamia en Latinoamérica y de sus antecedentes científicos en las academias de la contra-insurgencia norteamericana.

Todo esto y mucho más se han propuesto, a mi juicio, los compañeros Andrés, "el que te dije" y Cortázar, y lo han logrado, sin duda alguna, lo han logrado de sobra, y aquí podría hallarse el problema. Es decir, hay mucho que pudo incluirse en una tabla de capítulos prescindibles al comienzo del *Libro de Manuel*. Por ejemplo, es evidente la excesiva teorización para justificar la novela en términos políticos, así como la insistencia en la unicidad de la condición del porteño alienado en París y de su papel de antihéroe romántico. El uso del lenguaje como juego fascina, el abuso de la escritura como justificación de la anti-escritura deprime.

Sin embargo, no caigamos en confusiones y malentendidos porque no se trata aquí de plantear bases para un desacuerdo literario. No es el plano de la literatura en que el *Libro de Manuel* desconcierta. El problema atañe a signos de comunicación que por razones mecánicas, no de escritura, difícilmente consiguen transmitir los significados del narrador. El lenguaje de esta novela es como el de las conversaciones atropelladas que siguen a los terremotos cuando el vecindario entero, más o menos desvestido, da testimonio de la catástrofe. A ratos se distingue una voz, casi es posible identificarla y de inmediato se borra. En verdad, no escuchamos ninguna voz en particular, sino pedazos de voces, así como sólo vemos fragmentos de rostros, comienzos de ademanes, en medio de una emoción dispareja, gruesa, anónima, que nos llega mezclada al ruido de los adobes y vidrios que siguen cayendo. Las voces de esta novela vienen a través de alambres cruzados.

Probablemente el narrador no está seguro de que su concepto de revolución total será comprendido y asimilado en el primer round de un combate a quince asaltos.³ Tampoco "el que te dije" parece estar convencido de que las actividades de los tomadores de mate y grapa en París — por muchos cachiporrazos que se produzcan y claves misteriosas y decisivos encuentros

y desencuentros eróticos —, serán aceptadas y apreciadas como activismo revolucionario legítimo por militantes que tienen experiencia en fajarse a diario con las fuerzas móviles del fascismo.

Como en todo texto abierto, bellamente desconstrutivo, no existen aquí desenlaces ni comienzos; los códigos se deshojan y, al final, va quedando una gotera de discurso, gotera que terminará suspendida en el aire sin hallar un lugar definitivo donde caer.

Lezama Lima, brujo, señala con nitidez las vueltas vertiginosas que preceden a esta inmovilidad:

"La novela medita sobre la novela — ha dicho refiriéndose a *Rayuelo* —, al final las palabras son vivencias, porque las palabras y las vivencias están insufladas de una trágica comicidad. El lector salta sobre el autor, nuevo hombre de Zoar, y forman un nuevo centauro. El lector, castigado y favorecido por los dioses a la vez, se queda ciego, pero se le otorga la visión profética. El lector está convencido, según la frase de Cortázar, de que la novela es un coagulante de vivencias, catalizadora de nociones confusas y mal entendidas, porque el autor está convencido de que sólo vale la materia en gestación, y el lector de nuevo, como dentro de un poliedro de cuarzo, adquiere la diversidad de la refracción y la obstinación de un punto errante. Así, la an-tropofanía que nos propone Cortázar, presupone que el hombre es creado incesantemente, que es creador incesantemente. Existir y no existir forman en el hombre una cómica unicidad."⁴

¿Cómo hablar de contexto, entonces, si no existen líneas de separación entre lo que se escribe, se proyecta y se hace, si la novela da vueltas como un espejo giratorio? En un sentido forzado de la palabra el contexto del *Libro de Manuel* no es latinoamericano. La novela no se limita a un grupo ni a un lugar. Los argentinos exiliados en París son exiliados en todas partes, especialmente en la Argentina.

Reconozcamos, pues, que hay una pugna en la novela y que esa pugna jamás encuentra su punto de resolución. Para mí el *Libro de Manuel* es fundamentalmente una poderosa y sombría historia de amor, un discurso romántico en términos que niegan validez a todo romanticismo, un ejercicio abierto de quienes desean explicar una derrota negándose a ver en ella la pasión que ha de convertirla en un triunfo. Si los ingeniosos activistas porteños nos confunden con sus señales es porque la confusión es parte esencial de su razón de ser. Quien se vale de metáforas para atravesar un campo abierto donde se cruzan las balas, acaba dando una vuelta en el aire por muchas Jodas que le alegren el desenlace.

Dice Lezama:

"En Cortázar, la parte crítica, la parte cenital es muy superior a la otra parte, al otro extremo de la balanza, es decir, al *inconnu*, al desconocido. Por eso digo que es más bien un hombre de la era de los ocasos y un hombre de la era crítica, que un hombre que significa la nueva medida, el nuevo rumbo, la nueva distancia." (*Op. cit.* p. 55)

Como si le respondiera, Cortázar dice:

"O sea que al volver a la sala del cine estoy actuando a la vez como por dentro y por fuera del film de Fritz Lang o de cualquier film de misterio, soy simultáneamente el film y el espectador del film. Fíjate, Lud, esto es lo más hermoso (exasperante para mí pero hermoso si lo mirás como un ejemplo de sueño), no hay duda de que sé lo que me dijo el cubano puesto que tengo una tarea que cumplir, y al mismo tiempo me veo a mí mismo con la curiosidad y el interés del que está en pleno suspenso del triler puesto que ya no sé lo que me dijo el cubano. Soy doble. . ." (p. 103)

La fuerza y la belleza de este *Libro de Manuel* están, por lo tanto, en la proyección dinámica de este doble que cierra y abre caminos, en sus voces que sostienen sobre el anochecer del tiempo del desprecio y de la infamia las breves consignas necesarias: se luchará a veces de un modo heroico, a veces con cierta hermosa torpeza de principiantes sin mucha escuela, ni armas, ni malicia bélica, se perderá y se ganará, y los cuerpos seguirán midiéndose en proporción al amor que los une y no a la desesperanza. Siempre tendremos tiempo para la Joda y sus legítimos juegos, ese tiempo que debemos aprender a crear aunque no nos reconozca después. Siempre habrá un Manuel que no nos olvidará.

NOTAS

1. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1973.
2. F. J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*. Mexico: Editorial Pedro Robredo, 1942.
3. Véanse : "Carta y coloquio" en *Cinco miradas sobre Cortázar*, Buenos Aires: Tiemp Contemporáneo, 1968, y *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, Mexico: Siglo XXI, 1970.
4. Cito de *Homenaje a Julio Cortázar*, Helmy F. Giacomani editor, New York: Las Américas Publishing Co., 1972, p. 28.